

clase de relaciones; pero Corancey era de esas personas que tienen el don de forzar las más severas consignas, y en la mañana del sexto día, tan hermosa como aquella en que habían visitado juntos la *Jenny*, Hautefeuille le vió entrar en su cuarto con su eterno ramito de claveles en el ojal, la sonrisa en los labios, la salud en las mejillas y la alegría en los ojos. En la frente traía la señal de un golpe, al parecer sufrido el día antes; pero esto no disminuía el buen humor impreso en su rostro.

—¿Quieres saber lo que es esto?—dijo á Pedro, después de haber excusado su insistencia en verle—. Pues bien; es una prueba más de la fortuna de Corancey. Y tanta, que, á despecho de las homilías de monseñor Lagumina, el francés ha arrollado al italiano. Esto es un pequeño asesinato ensayado en mi modesta persona por mi señor cuñado...

—¿Hablas en serio?—preguntó Hautefeuille.

—Es lo más serio del mundo—respondió Corancey—; pero estaba escrito que mi asesinato resultara alegre. Parece que yo soy refractario al drama. En primer lugar, sabrás que mi matrimonio se ha hecho público hace cinco días... Este es el motivo de que no haya venido á verte antes. He tenido que hacer las visitas propias del caso á las personas más importantes de Cannes. En todas partes se nos ha acogido con simpatía y extrañeza... ¡Un matrimonio secreto! ¿Por qué razón? Aconsejado por mi Adriana, he dado el pretexto de un antiguo voto. El éxito ha sido grande, sobre todo con Alvise. No nos hizo más que un reproche: el de habernos ocultado de él y haber pensado que se hubiera nunca opuesto á la

dicha de su hermana... «Mi hermano por aquí, mi hermano por allá.» No se oía más que esta palabra en mi casa. Pero nosotros los provenzales conocemos que, tratándose de italianos, corsos y sardos, la venganza no ha de faltar, y yo me decía: «A qué hora será la puñalada?...»

—Era una imprudencia de su parte ponerse tan pronto á la tarea...—interrumpió Pedro.

—No conoces, pues, la frase célebre de..., no recuerdo quién, que, viendo pasar á un pobre diablo que iba á la horca, dijo: «He ahí un hombre que ha calculado mal...» Todos los asesinos son así; y después de todo, Alvise no había calculado tan mal. ¿Quién había de sospechar que el conde Alvise Navajero había suprimido al marido de su hermana, á su amigo íntimo? Ya he dicho que es un hombre del tiempo de Maquiavelo modernizado... Vas á juzgar. Yo estaba alerta. Hace dos días, á esta hora, me propone un paseo en bicicleta. ¿Ves á Borgia pedaleando en compañía de su futura víctima por una carretera? Ligeros como el viento, vamos á lo largo de Valauris sobre un precipicio cortado á pico, cuando de repente siento que mi máquina me falta y me veo lanzado á veinte pasos de distancia, felizmente, no por el lado del abismo. De aquí esta señal... No estaba muerto. Tan poco lo estaba, que pude notar distintamente en el rostro de mi compañero una expresión que me hizo pensar que mi accidente podía tener algo del siglo XVI á pesar de lo prosaico del procedimiento. Navajero va á buscar un carruaje para llevarme. Una vez solo, me arrastro hasta los restos de mi bicicleta, y noto que con una lima se

habían desgastado cuidadosamente dos de las piezas—ya te las enseñaré—, de forma que tras una media hora de violento ejercicio saltó toda hecha pedazos...

—Y ¿no has hecho prender á ese bandido?—preguntó Hautefeuille.

—No me gustan escándalos en la familia—respondió Corancey, que preparaba su efecto—. Y además, ¿cómo probar que ese hombre era el culpable? Solamente que me puse aún más en alerta, pensando que no desistiría de su proyecto. Anoche, antes de comer, entré en el cuarto de mi mujer, y encuentro allí á mi cuñado con los ojos brillantes y aspecto de satisfacción. Me digo: «Es para esta noche.» ¿Por qué pensé en el papa Alejandro VI y en el vino envenenado que le dió la muerte? No me lo explico... Fué el olfato, como sucede á los perros de caza. Tú sabes, ó no sabes, que Adriana no bebe más que agua, y mi anglomano cuñado, soda ó *whisky*... «Por mi fe, le dije una vez en la mesa, y cuando me ofreció vino, yo haré lo que usted, Alvisé. Déme usted de su *whisky*.» «*All right*», me respondió. Ser envenenado en inglés por un veneciano no es cosa vulgar. ¿Verdad? Al verle tan tranquilo ante mi negativa de beber vino, creí que me había engañado; pero el elogio que hace de cierto Porto que había recibido de lord Herbert me hace pensar que éste es el vino envenenado. Él insiste. Dejo que me sirva un vaso... Le huelo... «¡Qué olor más singular, dije tranquilamente; seguro estoy de que este vino tiene alguna cosa!» «Será una botella mala, dice Navajero. Tirémosla.» Su voz, su rostro, su mirada, me hacen ver que mis sospechas

eran ciertas. No digo nada; pero en el momento en que el mozo va á retirar mi vaso, pongo sobre éste a mano y le pido un frasco. «Quiero que un químico examine este vino», digo con gran naturalidad. «Se pretende que en el Porto fabricado por los ingleses no hay un átomo de uva, y tengo curiosidad de saber si es cierto.» Me traen el frasco, y con la mayor sangre fría del mundo vierto en él el contenido de mi vaso, metiendo después el frasco en mi bolsillo, ¡Hubiera querido que vieses la cara de mi cuñado! Hemos tenido una explicación por la noche, en la que se ha decidido cordialmente que yo no le denunciaría, pero que él partiría para Venecia hoy mismo. Él podrá gozar del palacio, recibirá una pensión decente, y te garantizo que no volverá á las andadas. Por si acaso, le he advertido que yo haría analizar el vino—entre paréntesis: había vertido en él una fuerte dosis de estriquina—y que el resultado de este análisis sería depositado en lugar seguro. Tengo dos ejemplares: uno se lo he confiado á la señora de Carlsberg, y el otro está aquí. ¿Quieres guardarle tú?

—Sí quiero—respondió Pedro tomando el papel que el meridional le tendía.

Es tal el egoísmo de la pasión, que en la prodigiosa aventura que Corancey le refería, el nombre de Ely, pronunciado de pasada, conmovió más á Pedro que el resto de la relación. Le pareció que al nombrar á la señora de Carlsberg el otro, le había mirado inquisitorialmente. Pensó: «¿Tendrá algún recado para mí?...» ¿Un recado? No. Ely no era mujer que eligiese á un Corancey por embajador; pero Coran-

cey era hombre para encargarse él mismo de una misión conciliadora. La víspera, por la noche, había ido á casa de Ely para hacerla la misma confidencia y solicitar igual favor. Allí había hablado, naturalmente, de Hautefeuille y olfateado lo que pasaba. El extraño personaje sentía un verdadero afecto, culto casi, por Pedro; olvidando su propia historia, de la que, sin embargo, se sentía orgulloso, se le había puesto en la cabeza la idea de reconciliar á los dos amantes. Con toda su astucia no podía adivinar la verdad del drama que entre aquellos dos seres se representaba. ¡Los había visto tan enamorados, tan felices!... Pensaba que el que Pedro supiese que Ely estaba triste bastaría para llevarle á ella.

—¿Hace mucho que no has visto á la señora de Carlsberg?—le preguntó, despues de haber comenado modestamente la relación de un momento antes.

—Algunos días—respondió Hautefeuille, á quien esa pregunta agitó el corazón.

Para mantener su palabra hubiera debido no permitir á su insinuante compañero ir más lejos; pero, al contrario, no pudo menos de añadir

—¿Por qué?

—Por nada—dijo Corancey—. Hubiera querido saber lo que pensabas de ella: no me satisface su salud. La he encontrado encantadora, como siempre; pero nerviosa, triste. Temo que su matrimonio vaya de mal en peor, y que ese bruto de Archiduque la martirice, tanto más cuanto que ella ha decidido á Verdier á que se case con miss Marsh. ¿No sabes, pues, nada? Dickie, nuestro amigo de la *Jenny*, ha partido para Oriente llevando á los Chesy á bordo,

á su sobrina y á Verdier... ¡Calcula el humor del Príncipe!

—¿De modo que piensas que ha vuelto á su dureza para con ella?—preguntó Pedro.

—No lo pienso, estoy seguro de ello... Ve á verla... Tu presencia la hará bien. Siente por ti un verdadero afecto, te lo garantizo, y pensaba en ti al decirme que sus amigos la abandonaban.

¡De forma que era desgraciada! Al través de las frases de Corancey, Pedro había escuchado el eco del suspiro que hacia él lanzaba aquella boca que había amado tanto: había notado la nostálgica y triste mirada de la querida condenada. Y este contacto con ella, aun siendo indirecto y pasajero, le conmovió profundamente, tan profundamente, que Olivier lo notó y, sospechando algo, le dijo:

—Me he encontrado con Corancey, que salía de la fonda... ¿Le has visto?

—Me ha hecho una larga visita—respondió Pedro.

Y refirió á su amigo las dos tentativas de asesinato de las que el marido de Adriana acababa de ser víctima.

—Hubiera recibido lo que merece—dijo Olivier—. Ya sabes mi opinión sobre él y sobre su matrimonio. ¿Y no te ha hablado de otra cosa?

Después de una pausa, añadió:

—¿No te ha hablado de quien tú sabes?

—Sí—respondió Pedro.

—Y esto, ¿te ha hecho daño?

—Sí..., me ha hecho daño.

Los dos amigos se miraron. Por vez primera, desde seis días, hacían una alusión precisa al objeto

constante de sus pensamientos. Olivier pareció dudar, como si las palabras que iba á pronunciar pasasen la medida de sus fuerzas. Al fin, con voz sorda, comenzó de este modo:

—Escucha, Pedro. Tú eres muy desgraciado. Esto no puede continuar. Pasado mañana, parto. Berta está casi bien: el doctor autoriza, hasta aconseja, el regreso á París. Soporta esta situación cuarenta y ocho horas más. Cuando yo esté lejos, vuelve á verla... Te devuelvo tu palabra... Yo no lo veré, no lo sabré... Lo pasado ha pasado... La quieres más que me quieres... Ve hasta el fin de ese sentimiento.

—Te engañas, Olivier—respondió Pedro—. Es cierto que sufro. No lo niego. Sufro por lo que sé; pero no he dudado un segundo en mi resolución. Volver á su lado en las condiciones actuales, sería un infierno. No... Te he dado mi palabra... La sostendré... Y respecto á lo que dices que la quiero más que á ti..., ¡mírame!

Mientras decía esto, gruesas lágrimas brotaban de sus ojos y corrían por sus mejillas. Viéndole así, también lloró Olivier. Permanecieron algunos momentos en tal situación, y esta comunidad del dolor después de tanto silencio, ponía de nuevo sus almas en contacto. El mismo arranque de lástima que hizo á Olivier devolver su palabra á Pedro hizo que éste renunciase á recogerla, y la lástima también les hacía verter aquellas lágrimas. El uno compadecía al otro y se sentía compadecido. Se habían vuelto á encontrar, y la amistad les producía emoción tan intensa, que una vez más venció al amor. Pedro fué el pri-

mero que enjugó sus lágrimas, y con la misma decisión que tuvo para pronunciar su juramento, dijo:

—Yo parto contigo pasado mañana, y lo hago sin esfuerzo. Permanecer aquí me sería imposible.

—¡Ah, querido amigo, me devuelves la vida!—respondió Olivier—. Te hubiera dejado aquí sin dirigirte ni un reproche, ni una queja... Era sincero cuando te proponía lo que te he propuesto; pero me resultaba duro... Creo que me hubiera hecho morir.

Después de esta conversación pasaron una tarde y una noche agradables, casi felices. Lo mismo que las enfermedades del cuerpo, las del alma tienen esos momentos de convalecencia, horas de espera en que parece que renacemos á la vida, débiles todavía.

Esta sensación de un renuevo frágil, dolorido, pero renuevo al fin, era mayor en los dos amigos por efecto de otra convalecencia puramente física: la de Berta. La joven iba y venía dedicada á los preparativos de su próximo viaje, tan visiblemente feliz por marcharse, que su malestar desaparecía ante este placer. También ella había sufrido, y estos últimos días habían bastado para que su genio femenino, adormecido durante tanto tiempo, comenzara á despertar. Había tomado una resolución: hacerse amar por su marido; merecer ser amada por él. ¡Esfuerzos de esta naturaleza conmueven tanto al que sabe comprenderlos! ¡Suponen tanta humildad, tanto sacrificio! ¡Es tan duro para una joven, tan contrario á su dignidad instintiva, mendigar un sentimiento, provocarle, conquistarle; tan duro ser amada porque ella ama y no por ser amada! Olivier tenía demasiada delicadeza para no apreciar esto, y se abandonaba á la im-

presión que siente un hombre cuando sufre por una mujer: el recibir las caricias de otra, de las que el amor desgraciado le muestra todo el valor. Sonreía á Berta como no había sonreído nunca, y el mismo Pedro se dejaba conquistar por aquella semialegría de su amigo. ¿No era obra suya la causa de su sacrificio? En fin; hallábanse en uno de esos momentos cercanos á las crisis supremas, cuya serenidad mentirosa nos viene más tarde al espíritu para asombrarnos y hacernos temblar. Nada prueba más que toda vida humana es un sueño, el juego de un poder superior que nos lleva adonde debemos ir, sin que nunca podamos prever lo que ha de sucedernos el día de mañana; el peligro está próximo. Los obreros de nuestro destino están á nuestro lado respirando y sin sospechar el papel que les reserva el Azar, la Fatalidad, la Providencia... ¡Cómo llamarte, inevitable enigma de la suerte!

La visita de Corancey se había afectuado un viernes. La marcha de Cannes estaba fijada para el domingo. El sábado por la mañana, á eso de las once, estaba Hautefeuille solo en su cuarto arreglando su equipaje. Un golpe dado á puerta le hizo estremecerse. Aunque decidido á mantener la palabra empeñada, un instinto superior á su voluntad le hacía esperar... Esperar, ¿el qué? Ni él mismo hubiera podido decirlo; pero una intuición inconsciente é irresistible le advertía que Ely no le dejaría partir sin haber procurado volverle á ver. Sin embargo, desde la carta devuelta por él, la joven no había dado señales de vida. A nadie había enviado. Corancey fué por impulso propio. No obstante esto, Pedro experimentaba esa

nerviosa ansiedad que presiente, que adivina el suceso que ha de venir, y cuando respondió: «Adelante» al desconocido que llamaba á su puerta, su voz temblaba. *Sabía* que aquel visitante, fuera quien fuera, venía de parte de Ely. Era simplemente un criado del hotel, que llevaba una carta sin sello que había traído un mozo. No se esperaba respuesta. Hautefeuille miró el sobre sin abrirle. ¿Iba á leer aquella carta que él sabía era de la señora de Carlsberg? No obstante, la letra del sobrescrito no era de ella... Pedro buscaba...: ¿dónde había él visto aquella letra nerviosa, desigual?... Se acordó de pronto de la carta anónima recibida después de la velada de Monte-Carlo. Se la había enseñado á Ely, que le había dicho: «¡Es de Luisa!» La carta que tenía ahora ante los ojos, era de la señora de Brión. Este descubrimiento no le permitía duda alguna: abrir el sobre era entrar en relaciones con Ely, buscar noticias suyas, faltar á su palabra empeñada, hacer traición á su amigo. Comprendió Pedro todo esto, y dejando la carta tentadora, permaneció algunos instantes con la frente entre las manos. Hay que hacerle esta justicia: no procuró excusarse á sus propios ojos con falsos sofismas. Se dijo: «No debo leer esta carta... *No debo...*» Y después, cuando hubo cerrado la puerta con cerrojo, como un ladrón que se prepara á una criminal hazaña, con las mejillas rojas por la vergüenza y las manos temblorosas, desgarró bruscamente el sobre. De éste se escaparon una carta primero, y después un segundo sobre cerrado y en blanco. Si hubiera Pedro tenido la menor duda acerca del contenido de este segundo sobre, la carta de la señora de Brión la hubiera des-

vanecido en seguida. Estaba redactada en estos términos:

«Caballero:

»Hace algunas semanas recibió usted una carta en la que se le suplicaba abandonase á Cannes, y evitara así la desdicha de cierta persona que ya sufre bastante. No ha atendido usted al consejo que la carta de una amiga desconocida le daba. Hoy que la desgracia emitida ha llegado, la misma amiga le pide á usted que no rechace la segunda súplica, como rechazó la primera. La persona en cuya vida ocupaba usted un sitio importante, no espera encontrar la dicha que ha perdido; solamente le pide á usted, y si usted consulta con su conciencia comprenderá que tiene derecho para ello, que no la condene usted sin oírlo. Le escribe una carta que va adjunta á ésta. No se la devuelva usted, como ha hecho con otra, de un modo duro, que es indigno de usted. Si no quiere usted leer esta carta, rómpala; pero piense que habrá usted sido cruel, muy cruel, para un corazón que le ha dado á usted todo lo que conservaba de más sincero, más noble, más delicado y más verdadero.»

Leyó y releyó Pedro estas frases tan sencillas y tan elocuentes para él. Veía en ellas la apasionada ternura de Luisa Brión por Ely, y sentíase conmovido, como todos los amantes desdichados, por las pruebas de adhesión dadas á sus queridas. Sienten éstos la necesidad de verlas amadas, protegidas en el momento mismo en que las maldicen con la más implacable cólera, ó en que se preparan á martirizarlas con

toda la locura de su rabia. Y ¿qué prueba de adhesión más grande que la que daba Luisa Brión, llegando de flaqueza en flaqueza hasta encargarse de remitir á Pedro una carta de Ely? Había querido ir ella misma al Hotel de las Palmas, preguntar por Pedro, hablarle, entregarle la carta; pero no se atrevió. Tal vez ella hubiese fracasado, mientras que el medio empleado venció los escrúpulos del joven; la emoción que le causó aquella sencilla carta le dejó desarmado contra tan tiernos recuerdos. Abrió el segundo sobre y leyó:

«Pedro:

»No sé si leerás estas palabras ó si serán escritas en vano, como en vano he vertido tantas lágrimas pensando en ti desde aquel terrible día. No sé si permitirás que te diga una vez más que te amo, que á nadie sino á ti he amado y que comprendo que á nadie amaré ya. Pero es preciso que te lo diga con la esperanza de que mi queja llegará hasta ti, una humilde queja de un corazón que sufre menos por su mal que por el que te ha causado. Cuando he recibido la otra carta que no has querido abrir, este corazón se ha desgarrado á esta idea: «¡Cuánto debe sufrir para mostrarse tan duro!» Y no he sentido más que tu pena.

»No, amado mío; yo no puedo hablarte como te he hablado desde aquel momento en que te hice venir para suplicarte que te fueras y te estreché en mis brazos. Yo procuraré dominarme. Mucho daño me causa no mostrarte todo mi corazón. Si no lees estas líneas... Tú no querrás palabras de amor... ¡Y si las

lees!... ¡Ah, si las lees, recordarás *nuestras* horas, aquellas horas que pasaron tan pronto en el mar, bajo los pinos en Génova, cuando no habías recibido el golpe terrible, cuando yo podía verte feliz, hacerte feliz! Tú no conoces, no puedes saber, lo que es para una mujer darte la dicha. Si no te he dicho en seguida lo que hoy sabes, toda mi falta vino de la certeza que tenía de que no volvería á ver tus ojos como tantas veces los he visto, con la clara luz que brotaba de tu hermosa alma entusiasmada.

»Compréndeme, amado mío, y no pienses que trato de excusar un delito. Es verdad: yo no te merecía. Tú eras la belleza, la juventud, la pureza, todo lo que hay de bueno, de tierno, de adorable en el mundo. Yo había perdido el derecho de ser amada por un sér como tú. Yo hubiera debido decírtelo desde el primer día; y después, tú me hubieras tomado y dejado á tu antojo, como á un pobre sér hecho para agradarte un momento, para distraerte y quedarte agradecido. Bien caro he pagado, bien caro, este movimiento, no de orgullo, sino de amor; me ha causado horror la idea de ser despreciada por ti. Además, la mujer que tú habías creado en mí, ¡se parecía tan poco á la que yo era antes de conocerte! Y no te mentía amándote con un corazón tan cambiado. ¡Ah! ¡Cómo te he amado, cómo te he amado! Esto no lo sabrás nunca, ni tú, ni creo que yo misma. ¡Había algo en mí tan profundo y tan triste cuando pensaba en lo que hubiera podido ser de haberte esperadol...

»Pedro: ves que te hablo del pasado como se habla de un muerto. No tengas miedo; no tengo la idea de acabar mi vida. Te he causado un disgusto dema-

siado grande para unir á él un remordimiento. Vivo y viviré, si es vivir haberte conocido, haberte amado, haber sido amada por ti y haberte perdido. Sé que te vas de Cannes mañana. Me parece que tú no querrás abandonarme para siempre sin que yo haya podido hablarte. Mi mano tiembla al escribirte. No encuentro palabras para expresarte mis pensamientos. Hay, sin embargo, algo de cruel en abandonarme sin que yo te manifieste las excusas que puedo tener para haber sido en otra época lo que he sido. Si te tuviera á mi lado una hora, una sola, tú te irías en seguida, pero me juzgarías de otro modo. Lo que ha sido no puede volver á ser; pero en la viudez á que me vas á condenar, yo querría tener el consuelo de que me vieras tal como soy, que no me creas capaz de lo que no he hecho. Las horas están contadas. Partes mañana. Cuando leas esta carta, si es que la lees, no faltará ni un día para que nos separemos. Si lees mi carta y te conmueve, si encuentras justa mi petición, ven á la hora en que venías á mi casa. A las once te espero en el invernadero. Si me has condenado sin apelación y rehusas concederme esta última entrevista..., adiós, entonces, adiós... Ni un reproche se escapará de mis labios ni de mi corazón, y siempre, siempre te diré: «Gracias, amado mío, por haber hecho que »te amara.»

—No iré—se dijo el joven cuando terminó la lectura de aquellas páginas, de las que emanaba una tan apasionada sugestión de amor. Se repitió: «No iré.» Pero sabía que pretendía engañarse á sí mismo y que obedecería á aquella voz que le imploraba, le

adoraba, le acariciaba el corazón con caricia triste y dulce. La conciencia de su traición probable, cierta, era tan clara en él, que la mirada de su amigo, cuando se reunieron para almorzar, le pareció insostenible, insostenible hablar con él, oír su voz, estar en el mismo cuarto. Al final de la tarde ya no se atrevía á decir: «No iré.» La especie de frenesí que la certeza de la cita da á los enamorados, le envolvía, le arrasaba, y á las once de la noche, con el sombrero sobre los ojos, rasando la pared como un criminal, seca la garganta por la emoción, loco de vergüenza y de deseo, salía del hotel y tomaba el camino que conducía á la quinta Helmholtz. La mujer había sido la más fuerte. La traición estaba consumada...

Hacía una de esas noches de primavera provenzal, en que toda la Naturaleza no es más que embriaguez y voluptuosidad. Los jardines enviaban á Pedro los perfumes de sus flores. Una débil brisa movía las hojas deliciosas de los árboles, lo bastante para dar al paisaje una especie de vida extática y adormecida, y el firmamento estaba cuajado de estrellas. El cerco creciente de la luna mostraba las tinieblas sin tener fuerza bastante para esclarecerlas, y un inmenso misterio flotaba en el silencioso paisaje. ¡Qué noche para ir en busca de su querida con el corazón lleno de éxtasis, llenos de besos los labios, y en las venas la fiebre de la voluptuosidad presentida! Sin embargo, á medida que se aproximaba el momento de la cita, Pedro sentía una inexplicable tristeza. Su acción le parecía culpable, y la ejecutaba no obstante. Andaba... El filtro derramado en sus venas por las frases de la carta continuaba dominando su voluntad des-

fallecida. Andaba...; pero aquella marcha clandestina hacia una mujer que despreciaba se parecía tan poco á su marcha de otras veces hacia aquella misma puerta, por aquellos lugares con el fervor de un peregrino...!

¿Y Olivier? ¡Cielos! ¡Si le viera al presente aquel hombre, al que hacía tal traición! Era tal la tensión de todo su sér, sacudido por el doble estremecimiento del amor y de los remordimientos, que los menores ruidos le sobresaltaban, y en torno suyo las cosas tomaban un aspecto amenazador y fantástico. Su corazón palpitaba con violencia, sus nervios se estremecían... Tenía miedo. Le parecía que en la obscuridad le seguían, y deteníase para escuchar. Cuando se preparaba á saltar por el talud, por el sitio en que acostumbraba á hacerlo, para penetrar en el jardín de Ely, la impresión de que le seguían fué tan intensa, que volvió atrás, exploró el camino, los zarzales, los montones de piedra, y, como un ladrón, evitaba el resplandor luminoso que proyectaba una lámpara eléctrica colocada en uno de los montantes de la verja. No vió nada sospechoso; pero el temor había sido tan violento, que le costó trabajo pasar por aquel sitio, fácil y muy conocido de él. Echó á correr, como si fuera realmente perseguido, por el parque que prolongaba el jardín de la quinta. Un muro bastante elevado le cercaba por uno de sus lados. Le escaló con ayuda de las ramas de una encina verde. Echado sobre el muro, escuchó un instante. No percibió más ruido que el de la débil brisa y el de las cercanas hojas en el vasto silencio de la noche, y muy á lo lejos, los ladridos de un

perro de alguna casa abandonada. «He soñado», pensó, y se dejó caer al otro lado, sujetándose con las manos.

La altura era de más de tres metros. Tuvo la suerte que la tierra, blanda en aquel sitio, amortiguase el golpe, y se dirigió hacia la casa. Algunos minutos después estaba en la puerta del invernadero, que empujó dulcemente... La mano de Ely cogió su mano. ¿Qué hubiera sido de él al saber que el miedo no le había engañado; que realmente le habían seguido desde que abandonó el hotel, y que el testigo cuya presencia sintió en la sombra tan cerca de él, hasta el momento en que empezó á correr, era el propio Olivier...?

La casa se erguía cerrada y silenciosa, negra en ciertos sitios, blanca en otros que iluminaba la luz eléctrica. El vasto silencio de la noche, que Pedro había percibido desde lo alto del muro, interrumpido por los lejanos ladridos, continuaba envolviendo el campo; los árboles seguían temblando, exhalando su aroma las flores, palpitando las estrellas, y Olivier permanecía inmóvil junto al jardín en el sitio en que se había arrojado para que su amigo no le viera. En aquel momento su dolor no era de los que obran y se revelan. Desde que se encontró frente á frente con Pedro en el almuerzo, la agitación del rostro de su amigo, el brillo de sus ojos, el temblor de sus labios, todo le había revelado que pasaba algo nuevo. ¡Estaba tan cansado de luchar! Y ¿qué preguntarle después de su conversación de la víspera? Ante la agitación creciente de Hautefeuille, había despertado su desconfianza. Pensó: «Ely le ha escrito

dándole una cita...» Pero, ¡no! En las circunstancias en que ambos estaban, recibir una carta de Ely, leerla y no hablar de ella, era por parte de Pedro un crimen de amistad, que jamás cometería. Olivier había procurado demostrarse la locura de aquella sospecha: después, la fiebre de su amigo le contagió. Cuando por la noche se separaron, en el apretón de manos que Pedro le dió comprendió el otro la proximidad de la traición. ¿Por qué no le había dicho nada en aquel instante supremo? Estas renunciadas á todo son frecuentes en las grandes decepciones del corazón. Ante ciertos golpes inesperados no se lucha, no hay queja. Si realmente Pedro había concebido y aceptado la idea de faltar al pacto establecido, ¿qué reproche hacerle, ni para qué? Y de codos en la ventana abierta, invocando á toda su dignidad para no ir á llamar á la puerta de su amigo, Olivier había permanecido largo tiempo repitiéndose: «¡Es imposible!», hasta el momento en que creyó percibir la silueta de Pedro, que atravesaba el jardín del hotel. Esta vez no había podido dominarse. Bajó, preguntó al portero. Supo por él que, efectivamente, Pedro acababa de salir. Algunos instantes después corría en dirección á la quinta Helmholtz. Reconoció á su amigo. Le siguió. Le vió volverse sobre lo andado, escuchar, volver á tomar su camino. Cuando Pedro estaba á punto de penetrar en el jardín, Olivier no pudo contenerse y dió un paso hacia adelante... Pedro le oyó... Olivier se escondió en la sombra... El otro pasó por su lado, rozándole casi, y echó á correr, sin duda hacia otra entrada que conocía. Olivier cesó de seguirle.